## VIERNES DE LA V SEMANA DE PASCUA

**HECHOS: 15, 22-31:**

Después del esfuerzo de discernimiento que supuso la reunión de Jerusalén, nos enteramos de las conclusiones a las que llegaron los discípulos, convencidos de que les asiste el Espíritu: “hemos decidido, el Espíritu Santo y nosotros…”.

También nuestra Asamblea ha sido un esfuerzo de discernimiento en la Fe y en el amor. No dudo que nos ha asistido el Espíritu Santo.

La carta que envían con los delegados personales desde Jerusalén a todas parte donde hay convertidos del paganismo, sobre todo a Antioquía, tiene detalles muy interesantes:

- Desautorización a los que “sin encargo nuestro os han alarmado e inquietado”.
- Alaban cordialmente a “nuestros queridos Pablo y Bernabé, que han dedicado su vida a la causa de Nuestro Señor Jesucristo”.
- La decisión a la que llegan es “no imponeros más cargas que las indispensables”: por tanto queda reafirmada la convicción teológica de que la salvación viene de Jesús, y no hará falta que pasen por la ley de Moisés los que se convierten del paganismo: Ha triunfado la tolerancia y la interpretación pluralista de Pablo y Bernabé.
- Aunque sí se exigen las tres condiciones que había enumerado Santiago y que les parecieron a todos razonables: huir de la idolatría y de la fornicación, y no comer sangre o animales estrangulados.

La decisión fue muy bien recibida: “al leer aquellas palabras alentadoras, se alegraron mucho”.

También nosotros no podemos menos que alegrarnos por la meta que hemos alcanzado. Viendo hacia adelante estrenamos este nuevo período de vida de nuestra organización.

El salmo recoge esta sensación: “te daré gracias ante los pueblos, Señor, tocaré para ti ante las naciones”.

Cuando nuestras comunidades –familiar o la religiosa o la parroquial o la diocesana- o las Cáritas se reúnen y se esfuerzan por discernir cuál es en concreto la voluntad de Dios, las decisiones que tomamos deberían parecerse a las de Jerusalén.

Porque a veces, en la historia y también en el presente, nos empeñamos en imponer a otros, cosas que no son necesarias, cargas que no son imprescindibles: por ejemplo la uniformidad en aspectos no centrales. Esto puede pasar también en las condiciones que cada uno de nosotros impone a las personas con quienes convivimos para que “gocen de nuestra aceptación”: muchas veces no somos tolerantes, ni pluralistas, ni respetamos las diferencias de carácter, de cultura, de opinión.

En toda discusión debería triunfar la caridad tolerando muchos detalles periféricos y centrándonos en lo importante. Cuando tomamos una decisión comunitaria, ¿podríamos decir con sinceridad que "hemos decidido el Espíritu Santo y nosotros"? ¿O nos dejamos llevar de intereses o de cerrazones debidas a nuestra inercia o nuestra comunidad? Nuestras decisiones, además de ser ortodoxas y conformes a toda ley, ¿Son alentadoras, como la de Jerusalén? ¿Llenan de alegría a los interesados? Para San Lucas, la alegría es una señal clara de que se ha actuado conforme al Espíritu.

**JUAN: 15, 12-17:**

El pensamiento de Jesús, en la última cena, progresa como en círculo. Ya había insistido en que sus seguidores deben "permanecer" en él, y que en concreto deben "permanecer en su amor, guardando sus mandamientos".

Ahora añade matices entrañables: "no os llamo siervos, sino amigos", "no sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido". Y sobre todo, señala una dirección más comprometida de este seguimiento: "éste es mi mandamiento, que os améis unos a otros como y os he amado". Antes había sacado la conclusión más lógica: si él ama a los discípulos, estos deben permanecer en su amor, deben corresponderle amándole. Ahora aparece otra conclusión más difícil: deben amarse unos a otros. Es el camino de CARITAS.

No es un amor cualquiera el que encomienda. Se pone a sí mismo como modelo. Y él se ha entregado por los demás, a lo largo de su vida, y lo va a ser más plenamente muy pronto: "nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos".

"Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado".

La palabra de Jesús no necesita muchas explicaciones. El fruto de la Pascua que aquí se nos propone es el amor fraterno. Un amor que ciertamente no es fácil. Como no lo fue el amor de Jesús a los suyos, por los que, después de haber entregado sus mejores energías, ofrece su vida. Es el amor concreto, sacrificado, del que se entrega: el de Cristo, el de los padres que se sacrifican por los hijos, el del amigo que ayuda al amigo aunque sea con incomodidad propia, el de tantas personas que saben buscar el bien de los demás por encima del propio, aunque sea con esfuerzo y renuncia.

En la vida de nuestras comunidades de CARITAS- y todos estamos de alguna manera sumergidos en relaciones con los demás- es éste el aspecto que más nos cuesta imitar de Cristo Jesús. Saber amar como lo ha hecho él, saliendo de nosotros mismos y amando no de palabra, sino de obra, con la comprensión, con la ayuda oportuna, con la palabra amable, con la tolerancia, con la donación gratuita de nosotros mismos.

Cuando vamos a comulgar, cada vez somos invitados a preparar nuestro encuentro con el Señor con un gesto de comunión fraterna: "daos fraternalmente la paz". No podemos decir "amén" a Cristo si no estamos dispuestos a decir "amén" al hermano que tenemos cerca, con el que vivimos, aunque tenga temperamento distinto o incluso no tan agradable. No podemos comulgar con Cristo si no estamos dispuestos a crecer en fraternidad con los demás.

El Cristo a quien comemos en la Eucaristía es el “Cuerpo entregado por”, “la Sangre derramada por”. La actitud de amor a los demás es consustancial con el sacramento que celebramos y recibimos.

Vivimos en un mundo en el cual a veces se relaciona el nombre de Dios con la venganza o incluso con la obligación del odio y la violencia, y en consecuencia, el mensaje de Caritas es de gran actualidad y con un significado muy concreto.

El rumbo a seguir con firmeza y decisión es también muy claro: “debemos comunicar el amor a los demás”.

Ese acto de amor debe también expresarse como acto eclesial, organizativo. Si es realmente verdad que la Iglesia es expresión del amor de Dios, de ese amor que Dios tiene por su criatura humana, debe ser también verdad que el acto fundamental de la fe que crea y une la Iglesia y nos da la esperanza de la vida eterna y de la presencia de Dios en el mundo, genera un acto eclesial.

Es decir, la Iglesia, también como Iglesia, como comunidad, de un modo institucional, debe amar. Y la así llamada “Caritas” no es una pura organización, como las demás organizaciones filantrópicas, sino necesaria expresión del acto más profundo del amor personal con el cual Dios nos ha creado, suscitando en nuestro corazón la tendencia hacia el amor, reflejo del Dios Amor que nos convierte en su imagen”.

La Iglesia en cuanto Iglesia, institucionalmente, por ser expresión del amor de Dios, tiene la tarea de amar anunciando el Evangelio, celebrando los sacramentos y practicando la caridad.

En razón de esta práctica institucional de la caridad, el Beato Juan Pablo II concedió a Caritas Internationalis el reconocimiento de ser una persona jurídica canónica pública.

Es decir que la Confederación Caritas Internationalis en cuanto institución, actúa oficialmente “en nombre de la Iglesia”. Con sus obras pone en práctica, constantemente y en todas partes, el Evangelio de la caridad, como fruto de y en íntima conexión con la fe y el culto que la Iglesia Católica profesa.

Caritas es la Organización moderna de una de las tareas esenciales de la vida de la Iglesia.

No es un “opcional” dentro de la Iglesia. No puede haber una comunidad eclesial organizada en torno a la Palabra y el Culto divino, que no esté en cuanto comunidad, organizada también en esa tercera dimensión de la misión de la Iglesia, la de dar, con obras de caridad, fiel testimonio de la Buena Nueva que se cumple en Jesucristo a lo largo de la historia y hasta los confines de la tierra.

Una vez más, y desde ahora, a la luz del pensamiento de Benedicto XVI en “Deus Caritas est”, Caritas es un organismo de la Iglesia universal con la misión de ejercer oficialmente una de las tres grandes tareas de la Iglesia: la de ser testigo ante el mundo y dar testimonio con sus obras de la Palabra que proclama la Fe y celebra la Liturgia.

En sí misma y por sí misma Caritas Internationalis es en el mundo, un signo sensible de una realidad de fe: la Caridad de Cristo que urge a su Iglesia a ejercitar Su amor.

Caritas, sin palabras, evangeliza.

Todos los que trabajamos en Caritas, hemos de apoyarnos en la experiencia de un encuentro personal con Cristo, cuyo amor ha tocado el corazón del que cree, suscitando en él el amor por el prójimo.

Finalmente, a la luz de Deus Caritas Est, quiero proponerles una consigna: que no haya una comunidad eclesial en la Iglesia universal que no tenga organizado el ejercicio de la caridad y además, que ningún miembro de la comunidad se sienta ajeno al organismo de la caridad institucional local con el que se incorpora a la red universal de la solidaridad de la Iglesia, verdadero Internet de la comunicación cristiana de bienes.

One Human Family. Zero Poverty.